

Reseñas

Sobre la fluidez social: Elementos para una cartografía

Fernando GARCÍA SELGAS
Centro de Investigaciones Sociológicas, 2007

Es éste de Fernando García Selgas un libro cuya potencia, así como sus tensiones, derivan del hecho de que incurre en lo que podríamos denominar una contradicción pragmática, pues hace lo contrario de lo que dice o dice lo contrario de lo que hace. Esto lo coloca, no obstante, en una tesitura muy productiva porque, al contrario de lo que se estila en sociología, el libro comienza a surtir efecto una vez que ha concluido su lectura, en su afuera, más allá de los límites de lo impreso, en un nivel performativo. En el momento en que se cierra, en sus últimas páginas, el libro da un giro radical, con un punto de suspense añadido, en el que resuena la expeditiva última proposición del *Tractatus* de Wittgenstein –referencia, me consta, muy del gusto del autor– en la que el filósofo vienés invita al lector a arrojar el libro, como si de una escalera se tratara, una vez que se ha ascendido por ella.

Pues bien, *Sobre la fluidez social. Elementos para una cartografía* es un trabajo de una extraordinaria complejidad teórica en el que se lleva a cabo una especie de vaciado o deconstrucción inmisericorde de las bases teóricas de las sociologías más al uso, tanto las de la acción como las de la estructura/sistema, para... invitarnos a bailar:

“Como piezaailable quisiera dejar resonando en nuestra cabeza y en nuestros pies unos compases que nos animan a seguir la danza, aproximando nuestra cartografía en la que bailan conjuntamente entidades, espacios-tiempos y científicos sociales” (257).

Es entonces, en el trance en el que la ontología fluida de lo social torna coreografía (*coreografía ontológica*, diría Annemari Mol), gesto, movimiento, cuando el libro, más allá de la planicie de sus páginas, comienza a surtir efecto y asoma su más productiva tensión a modo de contradicción entre el decir y el hacer. Comencemos por lo que dice.

El libro anuncia, ya desde su título, un ambicioso intento de llegar a un diagnóstico de época mediante la elaboración de una cartografía que dé cuenta del proceloso mundo social en que vivimos. La pregunta inicial es, pues, de orden ontológico: ¿Cuál es la consistencia de lo social? La tesis del libro se podría sintetizar mediante un juego de palabras que marca un desplazamiento a un tiempo ontológico, teórico y político: lo social comienza, en la modernidad, siendo un *contexto* que da acomodo, sustancia y sentido a lo humano. Adopta a continuación, coincidiendo con la fase del capitalismo monopolista, el giro lingüístico y el estructuralismo, la condición de un *texto* en el que el sujeto se descentra, haciendo posible lo humano sólo como diferencia, como signo.

Lo social termina siendo, en la actual fase postmoderna, una *textura* fluida que pone en cuestión, entre otras cosas, la concepción humanista del mundo y de la sociología al reformular las preguntas fundamentales de la disciplina más allá de los trillados debates humanismo/estructuralismo, materialismo/formalismo, sistema/mundo de vida, acción/estructura, micro/macro, etc., posicionándose, así, a favor de un paradigma teórico,

la conocida como Teoría del Actor Red (ANT es su acrónimo en inglés), para la cual los extremos de las dicotomías referidas son productos y no antecedentes de la relacionalidad social. La fluidez social, síntoma principal del cambio en la textura de lo social, se entiende como una relacionalidad que no se da entre elementos previos o independientes de ella (sujeto y estructura, individuo y sociedad), sino entre ingredientes que son constituidos por esa relacionalidad como (partes de) lo social, siendo la acción, el espacio y el tiempo estos ingredientes básicos.

Pero este desplazamiento ontológico implica también un desplazamiento político, dado que, como advierte el autor siguiendo la estela de los Estudios Sociales de la Ciencia, la pregunta por la “ontología empírica” de nuestra realidad es una pregunta política, “política por otros medios, pero política”, habida cuenta del carácter no meramente constativo, sino performativo de las proposiciones científicas. En contextos *epistemológicamente fluidos* como los de la sociedad del conocimiento, ciencia y política se interpenetran hasta hacerse indistinguibles.

El diagnóstico de época que se desliza en el libro reza que la fluidez es efecto de la globalización generalizada, esto es, de una globalización que ha hecho que los ingredientes básicos de la realidad social se encuentren en estado fluido. Estamos ante una globalización en la que la espacialidad salta a primer plano: la delimitación de la existencia social viene establecida “no tanto por el momento en que se está en la línea de avance, desarrollo o progreso cuanto por la posición que se ocupa en los pares espaciales del tipo global/local o centro/periferia” (34). Dicho de forma cruda, estamos ante una globalización en la que la geografía, la geopolítica y la geometría se imponen a la historia. De ahí, de la preponderancia de lo espacial, la pertinencia de elaborar una cartografía.

Es ésta una cartografía que quiere situarse en el justo medio, que trata de no incurrir en los vicios de la laxitud del impresionismo y el rigor descriptivista del realismo. Realismo e impresionismo, pese a la diferencia en cuanto a su *resolución*, parten de un concepto, el concepto moderno de representación, que choca con la fluidez social, puesto que separa la configuración del sujeto de la del espacio y concibe el fundamento del conocimiento del espacio y la

imputación de sentido al mismo sobre la base de la visualización (concebida de manera tradicional) de una representación, como si entre territorio y mapa hubiese una relación inmediata de significación o referencia.

La fluidez consta de un Espacio-Tiempo-Social (ETS) específico. Dicho con otras palabras, lo fluido es más que la forma o geometría que ilustra las dinámicas globales. No es solamente un mapa que describe los trazos del mundo global, como ocurre en el caso de Castells, quien en una onda muy parecida a la distinción habermasiana entre sistema y mundo de vida, sustancializa los flujos y las identidades cuando plantea el antagonismo entre ambos en términos de poder respectivamente global y local. Pero no se trata tampoco de una pintura o bosquejo de la globalización como ocurre, por citar el ejemplo más conspicuo, en la versión impresionista o poético-literaria (burbujas, globos, espumas...) desarrollada en *Esferas* por Peter Sloterdijk. En el justo medio entre el realismo descriptivista de Castells y el regusto semiótico de Sloterdijk, entre el *contexto* y el *texto*, García Selgas apuesta por hacer de la fluidez social una *textura*, un espacio-tiempo practicable, en el que más que elaborar una teoría sobre qué son los flujos, interesa analizar cómo son, cómo operan.

Podría decirse que la asunción de la complejidad del mundo global ha generado en el libro que nos ocupa el efecto sinestésico de la fluidez. No es en otro sentido que hablamos del paso del contexto (moderno) y el texto (posmoderno), a la textura. Más allá de la literatura, más allá de la teoría, el concepto de fluidez social se emplaza en el ámbito de la agencia, de lo operacional, y ahí despliega toda su potencia heurística. Sólo entonces, cuando es practicado, esto es, habitado mediante el contacto y la performatividad, y no tanto aprendido o asimilado a través de su representación y su significado, resulta reconocible el ETS fluido.

En este sentido, García Selgas rescata la idea de “envoltura” para, adaptándola a sus necesidades teóricas, dar cuenta de “los hechos, relaciones, entidades y agencias característicos de la fluidez social, sin caer en la tentación de presentarse como su ‘representación’ especular. Más bien se presenta como una mezcla de cartografía performativa y de constitución material de esas realidades sociales” (163).

La noción de envoltura de Fredric Jameson, que junto con la de Bruno Latour se aborda con una profundidad y un espíritu crítico dignos de agradecer, es resultado del análisis de diversos objetos culturales contemporáneos de entre los cuales destaca la arquitectura. Se llega así al diagnóstico de que en la posmodernidad “las cosas y las personas ya no encuentran su lugar” debido a que se ha cortocircuitado toda conexión entre el nivel fenomenológico/experencial, esto es, las definiciones subjetivas de la situación, y el nivel sistémico o la compleja trama de procesos que *de hecho* dibujan la situación objetiva. La principal consecuencia de este desencuentro es la pérdida generalizada de lo que la tradición filosófica moderna (Hegel) llamó el “fundamento” de la realidad y que pasó al pensamiento humanístico en la forma de un contexto que anclaba el sentido, aún, o sobre todo, en tiempo de zozobra. Los síntomas de esta transformación estructural, que se da por igual en el sensorio espacial y en el sustrato teórico de la posmodernidad, son la imparable fragmentación de la realidad, la desintegración de la noción de contexto, la falta de jerarquía estable entre el exterior y el interior, lo envuelto y el envoltorio y, por último, la pérdida de profundidad (existencial y analítica).

La “inmersión desconcertante” y la superficialidad de nuevos espacios como los grandes centros comerciales, el policentrismo de las metrópolis, las estrategias movilizadoras de los nuevos movimientos sociales y el rechazo del modelo hermenéutico de lo interior/exterior que se aprecia en relación con las emociones, donde pierde vigencia el concepto psicoanalítico de la exteriorización o verbalización de las emociones tan bien sintetizado por el “El grito” de Edvard Munch, son algunos de los ejemplos de lo que Jameson titula como el “abandono general de la profundidad” que son abordados con destreza en el libro.

En este ámbito problemático, la “envoltura” sería el procedimiento o, para ser más exactos, el gesto hermenéutico a través del cual se trata de comprender esta existencia social contemporánea, superando así la inseguridad ontológica que se sigue de una situación en la que los signos flotan sin una ley que los ancle en un orden determinado. La noción de envoltura se origina como un intento de dar respuesta a la siguiente

pregunta: ¿cómo es posible pensar en y con fragmentos, sin un fundamento común y sin caer en el pozo del relativismo más absoluto? (180). Sin embargo, al decir del autor, la declinación de envoltura puesta en danza por Jameson no alcanza a dar una respuesta satisfactoria a aquella pregunta porque descuida atender a la condición semiótico-material de la fluidez social, quedándose atrapado en la mera textualidad o en lo que los críticos de la posmodernidad han llamado la semiosis ilimitada.

Es Bruno Latour quien va a dar el impulso definitivo al concepto de envoltura cuando asumiendo su carácter performativo y su consistencia semiótico-material lo equipare al ensamblaje contingente de ingredientes humanos y no humanos heterogéneos que vienen a generar una determinada existencia social. Así, la sustancia de lo social no es ya algo que subyace y que es impenetrable para la agencia, sino la articulación y estabilización de elementos heterogéneos (humanos, textuales, tecnológicos, etc.) que constituyen agenciamientos duraderos pero no permanentes. Se revela así el potencial político o resistente que adquieren los conceptos de fluidez social y envoltura “al no hacer de lo que está estabilizado o institucionalizado en un momento el límite de lo real, sino (también) el asiento de lo posible y de la alteridad” (203).

Hasta aquí lo que dice el libro. Veamos ahora lo que *hace* más allá de su condición de depósito de conocimientos (teoría) o cartografía, más allá incluso de la compleja trama conceptual con que teje su *profundidad teórica* (espacio-tiempo social ETS, agencia, cartografía, cronotopo, envoltura, atractor, curvatura, etc.). Nos referimos al trance en que torna coreografía, invitación al baile. Y lo del baile debería ser en un texto tan ambicioso como éste, que es sensible a la performatividad, a lo táctil incluso, más que una metáfora. Hablamos, pues, de la efectividad del libro en el plano de lo performativo, no tanto en el nivel constativo, donde su eficacia resultaría incuestionable aunque fuera solamente por el severo correctivo al que somete a la sociología *mainstream*.

Si es cierto que en la posmodernidad la diferencia interior/exterior se difumina, un libro que habla desde una perspectiva posmoderna del concepto de envoltura es también en sí mismo

una envoltura-libro. También esto engrosa el contenido del libro: el *contenido de su forma* (Hayden White). Si algo pone de relieve, no tanto por lo que dice, sino fundamentalmente por lo que (no) hace, *Sobre la fluidez social: Elementos para una cartografía* es la limitada eficacia del agenciamiento-libro o del libro como agenciamiento en entornos de fluidez social. El arte ha resuelto este problema (malamente) con la *performance*. La cultura digital, con el hipertexto. Algo semejante tendría que

hacer la sociología para salir de la cómoda bidimensionalidad de la escritura académica.

Bienvenida sea pues la inoportunidad y el arrojo de un libro que *dice* más allá de lo que dice, sobre todo en el *contexto* de una colección, la colección “Monografías” del CIS, más conocida como la colección azul, tan, digamos, circunspecta.

Iñaki Martínez de Albeniz
Universidad País Vasco